

La Tradición de la Administración de los Bienes de Dios en las Comunidades Hispánicas de los EE.UU.

Su Excelencia, El Reverentísimo Ricardo Ramírez, C.S.B., D.D.

Al revisar las ideas del arzobispo Murphy sobre la administración de los bienes de Dios, entiendo con mucha claridad el fundamento y la realidad humana del concepto. El Arzobispo Murphy afirmaba que la administración de los bienes de Dios—para que sea real en nuestras vidas—tiene que venir del corazón, y así llegar a ser algo más que una decisión consciente de la mente. Los siguientes son los tres principios de la administración de Dios que el arzobispo Murphy compartió de diferentes maneras durante sus últimos años de vida:

- Cada persona bautizada es llamada a ser discípulo de Jesús. Los discípulos con experiencia toman una decisión consciente y tienen una conversión que los conlleva a ser seguidores de Jesucristo.
- El ser discípulo tiene que ver con un proceso de conversión de por vida, un cambio que se expresa en un modo de vida—no solamente en una acción o conjunto de acciones.
- Cuando los discípulos acogen la administración de los bienes de Dios, reconocen a Dios como el origen de la vida, el que nos da la libertad, la fuente de todo lo que tenemos, lo que somos y seremos. Yo creo que este último punto es la fuente de todo lo demás que podemos decir sobre la administración de los bienes de Dios. Dios es quien nos da todos los dones que hemos recibido y nosotros somos los guardianes de esos dones. Con esto en mente, quiero ofrecerles mis reflexiones sobre los dones que el pueblo católico ha recibido y que se nos pide que cuidemos. Les hablaré sobre los dones de la cultura y de la comunidad hispana, las historias de familias y de generaciones que dieron de lo que tenían para vivir.

También quiero tocar el tema del don de la administración de los bienes de Dios que se ha manifestado por medio de mi papel como jefe de la Campaña Católica para el Desarrollo Humano durante los últimos tres años. En el ejercicio de esa función he visto dones maravillosos de talento y tesoro ofrecidos por nuestra gente católica con el fin de ayudar a través de proyectos de suficiencia propia a que grupos de pocos recursos económicos se liberen y estén facultados para ayudarse ellos mismos. He visto que estos bienes se han retornado más de cien veces por esas comunidades de pocos recursos. He visto que estas comunidades han desarrollado los dones de sus hijos, familias y vecindarios.

PRINCIPIOS DE LA ENSEÑANZA SOCIAL CATÓLICA

Hace poco tuve la oportunidad de escuchar el poderoso testimonio del Reverendo Eugene Rivers, un pastor protestante de Boston que trabaja con jóvenes en peligro. (Quizás recuerden haberlo visto en la portada de Newsweek el pasado junio en un artículo titulado “Dios contra las pandillas” sobre el trabajo de algunas iglesias para salvar vecindades pobres del centro de la ciudad.) Él hablaba en Washington, DC, a miembros de las organizaciones católicas de misión social sobre los ricos tesoros de la enseñanza católica y cómo son los mismos católicos los que ofrecemos un cuerpo sistemático, integrado y bien desarrollado de pensamiento social que sirve de precedente para la acción social. Nuestras enseñanzas católicas habían influido en su labor con las pandillas en Boston—y nos pedía que regáramos la voz sobre este cuerpo profético de

enseñanza. ¿Cuáles son las enseñanzas sociales que tanto impresionaron al Reverendo Rivers? Primero quiero elaborar sobre varios principios de las enseñanzas sociales de nuestra iglesia que guían la misión social de nuestra Iglesia católica. Creo que esas enseñanzas también pueden contribuir a nuestros esfuerzos a favor de la administración de los bienes de Dios. Los dos primeros principios que quiero ofrecerles para su reflexión son la dignidad humana y la solidaridad. A mí me parece que una diferencia fundamental entre la administración cristiana de los bienes de Dios y “la recaudación de fondos” o desarrollo de fondos es la naturaleza integrada de la administración de los bienes de Dios, y el contenido espiritual del mensaje como un modo de vida. Creo que la administración de los bienes de Dios honra la dignidad humana en el sentido de que nos reta a cada uno de nosotros a responder al llamado de Dios. Y tal como en el cuento de la viuda pobre, aún las contribuciones más pequeñas—si se hacen en sacrificio—son dignas y sagradas. Todos los bienes de tiempo, talento y tesoro deben ser valorados y usados para el bien común—y cada don con su dignidad integral, trae consigo el potencial de servir para la restauración del Reino de Dios. En San Lucas 21, leemos sobre la dignidad que Jesús reconoció en la contribución hecha en sacrificio por la viuda: “Jesús estaba viendo a los ricos echar dinero en los cofres de las ofrendas, y vio también a una viuda pobre que echaba dos moneditas de cobre. Entonces dijo: ‘De verdad les digo que esta viuda pobre ha dado más que todos; pues todos dan ofrendas de lo que les sobra, pero ella, en su pobreza, ha dado todo lo que tenía para vivir...’”(San Lucas 21: 1-4). He hablado con parrocos sobre el cambio que han hecho en sus parroquias, del desarrollo de fondos al modelo de la administración de los bienes de Dios. Describen el proceso de desarrollo de fondos y el énfasis en donaciones mayores de feligreses de altos recursos. También cuentan cómo una vez que cambiaron al modelo de la administración de los bienes de Dios—en donde se valora todo bien y todos dan de lo suyo—dejaron de funcionar en déficit. Estas parroquias han pasado por la poderosa experiencia de descubrir de que cuando todos dan los fondos, hay suficiente. El segundo principio, la solidaridad, puede que suene algo secular. En verdad, es un concepto altamente católico, desarrollado a través del tiempo en una sucesión de encíclicas papales sobre las enseñanzas sociales de la iglesia. Hace poco, leí una definición muy informativa de la solidaridad: “La solidaridad ... es la convicción de que nacimos como parte de una red de relaciones humanas, de que nuestra humanidad está atada a otros, y que los profetas nos dicen que es a través de esos vínculos que nuestra santidad será juzgada.” (Reverendo Bryan Hehir, Woodstock Theological Center Forum, Universidad de Georgetown, mayo de 1998). Pienso que debemos recordar que este concepto de la solidaridad es el eje de nuestra fe católica. Su Santidad el Papa Juan Pablo II sin duda nos pide que así lo hagamos en su carta apostólica sobre el tercer milenio—Tertio Millennio Adveniente (No. 46). Como católicos

se nos llama a que seamos solidarios con nuestros hermanos necesitados, y de unirnos a su labor de liberación y de justicia en sus comunidades. Estamos íntimamente atados a estos hermanos, y es a través de la administración de los bienes de Dios—al dar de nuestro tiempo, talento y tesoro—que descubrimos una manera más efectiva de actuar en solidaridad con los demás.

LA TRADICIÓN HISPANA DE COMPARTIR

¡Todo lo que tenemos y todo lo que somos proviene del Señor! Eso en pocas palabras es la actitud del hombre y la mujer hispana sobre la administración de los bienes de Dios. Llegamos sin nada a este mundo—sin posesiones materiales. Y dejaremos el mundo de la misma forma. Como provengo de una diócesis pobre, algunas veces se supone que nuestros feligreses son muy pobres para contribuir a la sollicitación de fondos para la parroquia o a las colectas nacionales para varios programas católicos. Aunque es cierto que debemos con frecuencia ser los beneficiarios de la benevolencia de otros, no debemos descartar muy rápidamente el compromiso de la gente pobre de compartir sus pocos recursos cuando se les presenta una necesidad. Aunque nuestro pueblo hispano no tiene la tradición de inscribirse en nuestras parroquias ni de utilizar los sobres para donaciones, está acostumbrado a ayudar a la gente necesitada. Programas más personales, usados en muchas parroquias hispanas, usualmente son más aceptados por los feligreses. Tales programas incluyen, por ejemplo, el que alguien del grupo de beneficiarios pida contribución directamente a los miembros de la congregación. La mejor manera de comenzar un programa de administración de los bienes de Dios en un parroquia—en efecto, la mejor manera de comenzar cualquier programa parroquial—es la de organizar un programa de visitas hogareñas. Ese tipo de programa tiene la posibilidad de ser benéfico en varias formas. Puede ayudar a poner al día el censo de la parroquia. Puede ser una manera personal de inscribir nuevos feligreses. Puede servir para explicar los servicios disponibles en la parroquia. Puede servir de ocasión para distribuir información sobre la administración de los bienes de Dios, tal como un reporte de los fondos de la parroquia. Se puede hacer una invitación a la contribución con sobres durante la visita al hogar del feligrés. Mientras llevamos a cabo nuestro programa parroquial de visitas hogareñas en nuestras diócesis, podemos descubrir expresiones culturales y religiosas con respecto al uso del dinero en algunos sectores de la comunidad hispana. Me gustaría mencionar unas pocas de las costumbres que he descubierto. Es posible que usted las encuentre similares a aquellas en otros grupos raciales o étnicos. Véamos entonces dos o tres ejemplos de miembros de nuestra comunidad y de su participación en la administración de los bienes de Dios.

Como provengo de una diócesis pobre, algunas veces se supone que nuestros feligreses son muy pobres para contribuir a la sollicitación de fondos para la parroquia o a las colectas nacionales para varios programas católicos. Aunque es cierto que debemos con frecuencia ser los beneficiarios de la benevolencia de otros, no debemos descartar muy rápidamente el compromiso de la gente pobre de compartir sus pocos recursos cuando se les presenta una necesidad.

HISTORIAS SOBRE FAMILIAS

El primer ejemplo que quiero presentarles es el de la familia Moreno. Es una familia migratoria que vive en una de las muchas colonias del bajo valle del Río Grande en Tejas. Las colonias, a propósito, son pueblos no incorporados sin infraestructura básica como calles o a veces agua. La familia Moreno encontró un terreno pequeño a su alcance y poco a poco construyeron una vivienda con bastante espacio, cuarto por cuarto, hasta donde el dinero les daba. Todavía van dondequiera que haya trabajo durante la época de la cosecha. Deciden a qué estados ir de

acuerdo a sus conversaciones telefónicas o correo electrónico con sus amigos y parientes por el país. (Sí, los trabajadores de la agricultura también están aprendiendo a aprovecharse del Internet.) Los miembros de la familia son muy buenos católicos. Ya saben cuales diócesis y parroquias ofrecen servicios a las familias migratorias. En algunos casos, sirven de contactos y vínculos entre la Iglesia local y otras familias migratorias. Una tradición que nunca ha abandonado la familia Moreno es la de llenar la alcancía de la Virgen de San Juan. Esta imagen de Nuestra Señora fue traída desde México al Valle del Río Grande en los años 50, y una gran Capilla en San Juan, Tejas, continúa siendo un centro de peregrinaje para miles de feligreses, particularmente para trabajadores migratorios. Una alcancía es un recipiente, una pequeña caja de banco, en donde se guardan pequeñas cantidades de dinero de cada cheque de pago. Al final de la estación, cuando los migrantes regresan a sus hogares, una de sus primeras obligaciones es la de visitar a la Virgen de San Juan, donde rezan para dar gracias por haber vuelto sanos y salvos a casa, y por una cosecha abundante, que no es siempre el caso. Prenden su veladora—velas grandes—y entregan sus alcancías al “padrecito” (un título afectivo para el cura). Es posible que esto parezca un pequeño gesto, pero si se ve desde un punto económico, fue a partir de esas monedas que la capilla de muchos millones de dólares fue construida y se mantiene hoy día. Aunque no estoy aconsejando la producción en masa de alcancías, sugiero que este ejemplo de las muchas expresiones de religiosidad popular entre nuestra gente debe darnos en qué pensar, y debe ser parte de nuestro mensaje sobre la administración de los bienes de Dios y de nuestros planes de allí derivados. Otro ejemplo que me gustaría citar es el de Juan Domínguez. Juan vino a este país del estado de Guanajuato en Méjico. Como el número de migratorios está disminuyendo y la industria de la construcción es próspera, Juan pudo encontrar trabajo como instalador de techos. Juan ganó suficiente dinero para traer su familia a Houston. Aunque nunca localizó la parroquia católica en su comunidad (los mormones, evangélicos y los testigos de Jehová fueron los únicos que lo visitaron), sí participó en una organización comunitaria de la Iglesia que funciona con fondos de la Campaña Católica para el Desarrollo Humano. Esa organización se estaba organizando en las escuelas públicas donde las calificaciones eran bajas y la educación bilingüe o no existía o no era buena. Ayudaba a los rectores de las escuelas, a los maestros y a los padres a convertir sus escuelas en comunidades donde se aprendía. También estaba ayudando a inmigrantes a aprender cómo hacer el papeleo de residencia y ciudadanía y, aún más, cómo convertirse en buenos ciudadanos. Fue por medio de su participación en organizar a los inmigrantes que Juan Domínguez y su familia encontraron la Iglesia católica. No solamente descubrieron a su parroquia sino que también descubrieron la fuente de la verdad, la enseñanza y el servicio. Formó la parte principal de poner orden en sus vidas y de la preparación para su ciudadanía. Un miembro muy activo de la Organización Metropolitana, la organización comunitaria, descubrió a los hijos de los Domínguez en la escuela de la vecindad y a través de ellos a sus padres. La organización les enseñó a invertir en sí mismos y en sus comunidades, ofreciéndoles a otros inmigrantes que llegaron después de ellos las mismas cosas que les habían enseñando a ellos. También aprendieron la importancia de invertir en la parroquia de ellos en su lucha por satisfacer las necesidades de tantos recién llegados con tan pequeño presupuesto. Entre otras cosas, Juan y María Domínguez forman hoy parte del equipo de la administración parroquial de los bienes de Dios. Por último, me gustaría contarles sobre Judy y Roberto Martínez. Ambos son muy activos en su parroquia. Roberto es contador y Judy es maestra. También son activos en la solicitud diocesana de fondos, que consideran su ministerio principal. Son felices compartiendo el ensaje del evangelio sobre la administración de los bienes de Dios, y están eminentemente calificados

para hacerlo por la forma en que la practican en sus propias vidas. La pareja Martínez tiene una lista de feligreses y se ponen en contacto con ellos cada año para la solicitud de fondos. Muchas de las personas en la lista son parientes, amigos y conocidos, así que el ministerio para esas personas está basado en relaciones ya establecidas. Pero cada año, el Señor y la Señora Martínez buscan nombres de nueva gente que visitar. Ellos sienten que esto los ocupa en formas que Jesús querría que se ocuparan—en acercarse a nueva gente y darles testimonio del llamado de Dios al servicio y la administración de sus bienes. Roberto piensa que su ministerio de la administración de los bienes de Dios fue inspirado por su madre y su abuelo. Su madre es miembro de la Sociedad Guadalupana, una hermandad así llamada por Nuestra Señora de Guadalupe. La Sociedad Guadalupana fue quien a menudo mantenía a la parroquia viva, o por lo menos la ayudaba a cubrir gastos mayores como la compra o arreglo del aire acondicionado. Las Guadalupanas tenían conocimiento de las ofrendas de sacrificio y de servir en sacrificio. Organizaban y reorganizaban la parroquia. Reclutaban miembros en cada cuadra y no se negaban en ir de puerta en puerta cuando era necesario para lograr la meta financiera de la parroquia. El abuelo de Roberto había sido mutualista. Las sociedades Mutualistas fueron formadas hace cientos de años en muchas parroquias para ayudar a cubrir los gastos de los funerales de miembros y sus familias. Esta fue una de las sociedades parroquiales originales en la que hombres estaban involucrados, mucho antes del Cursillo y otros movimientos apostólicos. Los mutualistas, como los Cursillistas después de ellos, reclutaban a sus compadres (o padrinos) en este nuevo movimiento. Ese era la manera de compartir la buenas nuevas que ellos habían descubierto recientemente, y de participar de manera activa en el mejoramiento de sus vidas y las de sus familias y comunidades. Manuela Méndez, residente de una colonia cerca a de las Cruces, Nuevo Méjico, se negó a unirse a una organización comunitaria hasta cuando le hizo falta el agua, el gas, el teléfono, el alcantarillado y carreteras adecuadas. Durante una reunión en que se discutían las necesidades de agua en la comunidad, ella se dió cuenta que el Concilio de Desarrollo de las Colonias, que recibía fondos del CCHD tenía el

... me gustaría contarles sobre Judy y Roberto Martínez. Ambos son muy activos en su parroquia. Roberto es contador y Judy es maestra. También son activos en la solicitud diocesana de fondos, que consideran su ministerio principal. Son felices compartiendo el mensaje del evangelio sobre la administración de los bienes de Dios, y están eminentemente calificados para hacerlo por la forma en que la practican en sus propias vidas. Conocimiento necesario para resolver el asunto del agua. Así es como ella describiría su experiencia si pudiera estar con nosotros hoy: “Yo pensaba que no tenía nada que ofrecerle a esta organización porque yo no tenía mucha educación y no hablo inglés. Con el apoyo y la confianza que todos en el Concilio han inspirado dentro de mi, llegué a ser la Vicepresidente del Concilio. Hoy día de lo que más me arrepiento es de no haber trabajado con el Concilio antes. Soy ahora parte del esfuerzo del Concilio cuya meta es la de trabajar en 15 colonias antes del año 2000. Aunque hemos tenido altibajos, continuamos en nuestro deseo de ayudar a la gente de pocos recursos a que aprendan a luchar para superar sus obstáculos y mejorar sus vidas. Podemos ser pobres, pero tenemos mucha dignidad. Espero que en el futuro vivamos mejor con las necesidades básicas, para que así nuestros hijos y familias puedan vivir mejor y que todos juntos, como hermanos con las manos unidas, vivamos mejor y felices tal como Dios lo desea.” Tengo muchas otras historias que podría contarles, pero creo que con estas puedan comprender el concepto. La razón por la cual la administración de los bienes de Dios funciona en la comunidad hispana es que la administración de los bienes de Dios tiene que ver con relaciones humanas. Comienza con la invitación de Dios a que participemos en su labor creativa y redentora. Dios nos invita a ser

buenos administradores de sus bienes, de todo lo que hemos recibido. Dios nos llama a la comunidad, y es en actos comunitarios que podemos usar nuestro tiempo y nuestras habilidades para el beneficio de toda la comunidad. La administración de los bienes de Dios nos ayuda a unir nuestros recursos con los de otros para el beneficio de toda la comunidad. Entre más se sienta la gente parte del proceso y de los resultados de la administración de los bienes de Dios—como dueños de ellos—mayor será su compromiso a largo plazo. Es por esto que un programa parroquial de la administración de Dios funciona mejor cuando tiene, en lo posible, quienes representen la mayoría de las organizaciones claves participantes. Es también la razón por la que un programa diocesano de la administración de los bienes de Dios funciona mejor cuando incorpora el liderazgo del mayor número de parroquias posible.

RETOS Y RECOMENDACIONES:

Quiero sugerir a cada uno de ustedes maneras para aumentar sus esfuerzos de la administración de los bienes de Dios con mayor participación de los hispanos en sus diócesis.

1. Lo primero es liderazgo. Hay muchas oportunidades para darles funciones de liderazgo a los hispanos de todos niveles económicos en sus campañas de administración de los bienes de Dios. Aumenten sus comités, sus juntas y estructuras de consejería con la participación de hispanos para que refleje la composición de sus diócesis. Establezca una meta que puede ampliar su manera de pensar. Si su diócesis está compuesta por el 20% de los hispanos, desarrolle una estructura para la administración de los bienes de Dios que refleje o aumente ese porcentaje. Esto le va a dar una “voz auténtica” a los his-

La razón por la cual la administración de los bienes de Dios funciona en la comunidad hispana es que la administración de los bienes de Dios tiene que ver con relaciones humanas. Comienza con la invitación de Dios a que participemos en su labor creativa y redentora. Dios nos invita a ser buenos administradores de sus bienes, de todo lo que hemos recibido. Dios nos llama a la comunidad, y es en actos comunitarios que podemos usar nuestro tiempo y nuestras habilidades para el beneficio de toda la comunidad. panos de su iglesia y le va a librar de la percepción de una póliza que no ofrece la misma oportunidad a las minoridades. La historia nos ha enseñado que cuando se le pide a una sola persona de “representar” a un dado grupo, eso pone a esa persona en una posición imposible. Esta recomendación va a requerir planificación y el desarrollo de un grupo de candidatos con los que tendrá que pasar tiempo y a quienes tendrá que escuchar. Su plan puede tomar tiempo—hasta varios años.

2. La formación de un grupo núcleo de representantes hispanos es un buen comienzo. La sugerencia más importante que haré hoy es la de invertir en la formación y el desarrollo de estas personas. Prepárelas para que asuman posiciones de liderazgo, para que hablen en público y para que elaboren actividades sobre la administración de los bienes de Dios que le llamen la atención a la población católica hispana. Invierta en su educación y labor para darles una voz dominante en la formación de la administración de los bienes de Dios. Haga que visiten a otras diócesis que tengan buenos programas de la administración de los bienes de Dios para los latinos. La Campaña Católica para el Desarrollo Humano da apoyo a una gran cantidad de programas para la formación de líderes y cómo eso puede ser un recurso al que se puede acudir. El concepto de fortalecer el poder de los fieles se va extendiendo con tanta rapidez en la sociedad hoy día como el movimiento de la administración de los bienes de Dios. La organización “Catholic Charities”

ha preparado un plan de tres años con el fin de desarrollar un modelo de cómo potenciar a la gente. La razón por este interés es sencilla: la gente contribuye más en su vida personal y pública cuando sus talentos son reconocidos y desarrollados. Usted puede invitar a los miembros del grupo núcleo a que se reúnan individualmente con feligreses en la comunidad hispana. Este encuentro de uno a uno y la formación de relaciones es una manera efectiva de acercarse a otros y de involucrarlos. Anime al grupo a que se reúna con otros feligreses en la diócesis para pedirles sus ideas sobre la administración de los bienes de Dios. La Capaña Católica para el Desarrollo Humano da apoyo a 85 organizaciones vinculadas con la Iglesia y localizadas en áreas rurales y metropolitanas que desarrollan participación y liderazgo a través de conversaciones personales. Los clérigos y los laicos son testigos de como esa experiencia les ha transformado la vida y mejorado su participación en sus parroquias. El método ha sido efectivo en traer grupos de 2,000 á 10,000 personas a trabajar en y apoyar asuntos que la organización necesitaba resolver. Este proceso también funciona de manera muy efectiva en ayudar a la parroquia a acercarse a su propia comunidad y vecindad, y a cumplir su misión de evangelización con la comunidad mayor. También puede ayudar a fortalecer la labor hospitalaria de las parroquias de sus diócesis. Los curas parroquiales y empleados que organizan programas vinculados con la Iglesia están usando la entrevista personal como una manera de desarrollar programas de la administración parroquial de los bienes de Dios y del desarrollo de comunidades. Averigüe si hay una organización con fondos del CCHD y vinculada a la iglesia en su comunidad.

“Acoja la diversidad” permanecerá solamente un concepto a menos que se entablen relaciones humanas y se construyan puentes. Un puente importante es la composición de las oficinas diocesanas de la administración de los bienes de Dios. Considere con seriedad la necesidad de tener empleados hispanos, y el beneficio que es tener empleados que entiendan el idioma y la cultura.

3. Busque maneras de quitar las barreras a la participación en la administración de los bienes de Dios. La misión social de la Iglesia dicta que tenemos el derecho y la responsabilidad de participar en la comunidad mayor y contribuirle. La Carta pastoral de los Obispos sobre la Economía sugiere que juzguemos la economía por lo que hace a la gente y por el nivel de participación que permite (ix. Párrafo 13). El mismo concepto concierne la administración de los bienes de Dios. Queremos que las parroquias involucren a todos los católicos en la vida económica, espiritual y social de la Iglesia. La participación en la administración de los bienes de Dios es una excelente entrada a una participación significativa.

4. La superación del aislamiento social requiere que se respeten y se entiendan todas las culturas—incluyendo la cultura hispana. Estudie la cultura por medio de buscar consejos de parrocos y líderes de su comunidad. Integre lo que aprenda a sus programas, mensajes y materiales de la administración de los bienes de Dios. Si esto suena difícil, piense en las dificultades de un grupo comunitario en Los Angeles, auspiciado por CCHD, que está formando organizaciones de padres en escuelas públicas donde se hablan 22 idiomas. “Acoja la diversidad” permanecerá solamente un concepto a menos que se entablen relaciones humanas y se construyan puentes. Un puente importante es la composición de las oficinas diocesanas de la administración de los bienes de Dios. Considere con seriedad la necesidad de tener empleados hispanos, y el beneficio que es tener empleados que entiendan el idioma y la cultura. Desarrolle

ejemplos de la administración de los bienes de Dios que sean “culturalmente” sensibles. Reconozca el tiempo, talento y tesoro que se da durante la Fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe, en celebraciones de fiestas y la importancia de otras celebraciones, como la celebración de quince años de una joven (llamada su “quinceañera”). Tenga cuidado cuando se dirija a la comunidad hispana. Existen diferencias en las maneras en que los cubanos, centroamericanos, suramericanos y mejicano-americanos hacen sus celebraciones y ritos de adoración y en sus expresiones culturales. Reconozca y eleve a un nivel mayor las actividades voluntarias que actualmente se llevan a cabo en la comunidad hispana. Las organizaciones auspiciadas por CCHD ofrecen ejemplos de hispanos que están trabajando en el mejoramiento de sus vecindades, sus sistemas escolares y la calidad de sus vidas.

5. No suponga que los hispanos no pueden dar de su tesoro. En mi opinión, los hispanos damos una porción mayor de nuestro tesoro de la que dan los de la cultura dominante. Ejemplos que vienen a la mente tienen que ver con la asistencia financiera que las familias salvadoreñas que viven en los EE.UU. envían a sus familias en El Salvador. La economía salvadoreña se robustece con la “generosidad” de parientes con trabajos de bajo pago en los EE.UU. Familias dan de “lo que tienen para vivir” porque reconocen su profunda interdependencia. El Jubileo será una inspiración maravillosa para nuestros esfuerzos relacionados con la administración de los bienes de Dios. Es parte de la naturaleza de un buen administrador de los bienes de Dios el saber qué le pertenece a quién y de dónde provienen todos nuestros bienes. Los buenos administradores saben cuándo pagar cuentas y cuándo hacer que se las perdonen. Aún más importante es que ellos entienden el por qué y cómo se entró en deudas, y quién debería compartir la responsabilidad.

CONCLUSIONES

El Jubileo será una inspiración maravillosa para nuestros esfuerzos relacionados con la administración de los bienes de Dios. Es parte de la naturaleza de un buen administrador de los bienes de Dios el saber qué le pertenece a quién y de dónde provienen todos nuestros bienes. Los buenos administradores saben cuándo pagar cuentas y cuándo hacer que se las perdonen. Aún más importante es que ellos entienden el por qué y cómo se entró en deudas, y quién debería compartir la responsabilidad. También espero que con el Jubileo que viene podamos colocar a la administración de los bienes de Dios en el centro de nuestra vida pastoral. Somos verdaderamente nuevos en el campo de la administración de los bienes de Dios, y apenas descubrimos la primera capa de este llamado universal y sus significativas implicaciones. Hemos comenzado a entender que la administración de los bienes de Dios se extiende más allá de la Iglesia y que abarca toda la creación y el universo. Los verdaderos administradores de los bienes de Dios repiten la alabanza poética de la creación que dió San Francisco de Asís en sus esfuerzos de crear un medio ambiente más limpio y más bello. Acabo de regresar de Oaxaca en la parte suroeste de Méjico. El obispo auxiliar de Oaxaca me invitó como su huésped durante la Guelaguetza anual, que literalmente es “la celebración del intercambio.” Las tribus de indígenas mejicanos bajan de las montañas y celebran su fe, su espíritu comunitario y su placer de vivir con bailes y música. Cada grupo tiene su propia danza sagrada o folclórica. Cada pueblo se viste y se adorna de una manera única. Al final de cada presentación, los bailarines comparten sus comidas y otros productos con la multitud. Tiran frutas, bolsas de café, pan, mezcal (una bebida local), tortillas y recordatorios a los invitados. Una de las danzas más impresionantes fue la de la mayordomía, una palabra en español para la administración de los bienes de Dios.

Aparentemente esa fiesta de tres días celebra los ideales de la administración de los bienes de Dios. Los mayordomos, o administradores, son seleccionados con mucho cuidado; los escogidos consideran el llamado a servir como administradores un gran honor y privilegio. La comunidad los respeta como miembros muy especiales. La fiesta se lleva a cabo cuando los mayordomos terminan su mandato. Sus padrinos les traen regalos, pero antes de presentárselos a los mayordomos, se ofrecen oraciones por aquellos que van a comenzar su mandato. ¡Luego viene la celebración caracterizada por el baile, la música, comidas especiales y suficiente mezcal como para hacer funcionar mi Buick por una semana! Ustedes que dirigen programas de la administración de los bienes de Dios en sus respectivas parroquias y en sus diócesis son muy especiales y se merecen una mención de honor por las funciones tan vitales que se les pide ejercer. ¡Quizás deberíamos comenzar la costumbre de una celebración de tres días en honor de ustedes! Lo importante es que necesitamos continuar educando a nuestra gente sobre el llamado a que seamos administradores de los bienes de Dios. La administración de los bienes de Dios, después de todo, es una de los fundamentos más esenciales de toda actividad pastoral. Que Dios les bendiga por sus esfuerzos en hacer surgir lo mejor de nuestro pueblo católico.